

CAPÍTULO XXXVIII.

(CONCLUSION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—Número de los frutos del Espíritu Santo.—Es incalculable y por qué.—Número doce en que los fija San Pablo.—Razon de este número.—Razon del orden de su enumeracion.—Explicacion práctica de los nueve primeros frutos.—La Caridad: ejemplo.—El Gozo: ejemplo.—La Paz: ejemplo.—La Paciencia: ejemplo.—La Benignidad: ejemplo.—La Bondad: ejemplo.—La Longanimidad: ejemplo.—La Mansedumbre: ejemplo.—La Fé: ejemplo.

¿Cuántos son los frutos del Espíritu Santo? Son tan numerosos y tan variados como los frutos materiales que encantan nuestra vista y saben tan agradablemente á nuestro paladar. ¿Por qué esta inmensa variedad de frutos en la naturaleza? ¿Por qué la misma variedad en el jardin espiritual del Verbo encarnado? La razon es la misma. Dios ha escrito dos grandes libros; el libro de la naturaleza y el de la gracia; ó, para seguir la comparacion, ha plantado dos magníficos jardines; el de la naturaleza y el de la gracia. El primero para satisfacer las necesidades y recrear los ojos del cuerpo; el segundo para las necesidades y los ojos del alma. Si preguntais cuál es el fin de estos dos jardines, el Apóstol responde: Para hacer que brille la sabiduría multiforme de Dios: *Ut innotescat multiformis sapientia Dei* (1).

¿Para qué es el firmamento con sus ejércitos de estrellas tan diferentes en su claridad, tan ordenadas en sus movimientos? Para hacer que brille la sabiduría multiforme de Dios. ¿Para qué la tierra con sus producciones tan ricas que

1. *Eph.*, iii, 10.

bastan para todo, tan bellas que agotan la admiracion, tan variadas que no se pueden contar? Para hacer que brille la sabiduría multiforme de Dios. ¿Para qué el mar con sus innumerables habitantes, con sus abismos insondables, con sus leyes tan invariables como misteriosas? A fin de que brille la sabiduría multiforme de Dios. ¿Para qué, finalmente, este vasto universo, compuesto de tantos millones de criaturas de las cuales ninguna se parece á otra? Para hacer que resplandezca á los ojos corporales del hombre la sabiduría multiforme de Dios: *Ut innotescat multiformis sapientia Dei*.

Todos los actos, todos los movimientos, todas las producciones de estas criaturas del firmamento, de la tierra y de mar, son, en el orden natural, los frutos del Espíritu Santo; atendido á que, como dice San Basilio, todo lo que poseen las criaturas lo deben al divino Espíritu (1).

Mas, por elocuente que sea el mundo material para manifestar la sabiduría multiforme del Criador, no es más que un eco, una sombra, un reflejo. Para presentar esta sabiduría en toda su gloria, se necesitaba otro mundo, mil veces más real, más espléndido y más variado: tal es el mundo de la gracia. Este mundo se compone de los ángeles y los hombres, criaturas superiores á las que nosotros vemos, elevadas á la participacion de la naturaleza misma de Dios destinadas á gozar de su gloria, y que producen [cada una de ellas, segun su especie, frutos de una belleza incomparable y de una variedad infinita. Si preguntamos para qué son tantos árboles que den fruto en este nuevo jardin del Espíritu santificador, el Apóstol nos responde por segunda vez: Para hacer que brille la sabiduría multiforme de Dios. *Ut innotescat multiformis sapientiae Dei*.

Y más particularmente, para revelar la inagotable fe-

1. *Lib. de Spirt. Sanct.*, p. 65

cundidad del árbol divino en que todos estos árboles están ingertados. Para distinguir de entre todos los árboles emponzoñados, la verdadera viña plantada por el mismo Verbo, regada con su sangre y vivificada por su Espíritu. Para proveer de suficiente alimento á todas las generaciones que se suceden; porque los frutos del árbol no son únicamente adorno del árbol, son también alimento para los que van de paso. Cada rama del gran árbol tiene los suyos, y así todo viajero puede elegir. Como hemos indicado ya, la historia cita una multitud de estos golosos espirituales, que iban cogiendo de todos los árboles los frutos de su gusto, con los que se arreglaban un alimento exquisito. ¡Oh! ¡cuán bello merodeo puede hacerse recorriendo las vidas de los santos: *Ut innotescat multiformis sapientia Dei.*

Pasemos ahora á los actos particulares que la Escritura misma designa con el nombre de *frutos del Espíritu Santo*, los cuales son doce. ¿Por qué este número y no otro? ¿No habrá de más ó de ménos? Serán demasiados, si es verdad que los frutos nacen de las bienaventuranzas: serán pocos, si todos los actos verdaderamente virtuosos son frutos del Espíritu Santo; expliquemos estos misterios. El número doce es un número sagrado que, como hemos visto, expresa la universidad. En esta cifra se hallan, pues, comprendidos todos los frutos del Espíritu Santo, que se confunden con los doce, nombrados por el Apóstol. El número doce no es demasiado grande, puesto que, según las anteriores explicaciones, una misma bienaventuranza puede producir muchos frutos; no es tampoco demasiado pequeño, supuesto que el número doce expresa la universidad completa.

Recordadas estas nociones, nos quedan por hacer cuatro cosas: exponer la enumeración que el Apóstol hace de los

frutos del Espíritu Santo; dar la razón de esta enumeración; explicar cada fruto en particular y manifestar la oposición de los frutos del Espíritu Santo con las obras del Espíritu malo; porque el remedo satánico del plan divino se continúa hasta el fin.

Enumeración de los frutos del Espíritu Santo. "El fruto del Espíritu, dice San Pablo en su epístola á los Gálatas, (V. 22, 23), es: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fé, modestia, continencia, castidad." ¿Cómo conciliar estos nombres, que son nombres de virtudes, con los frutos del Espíritu Santo que no son virtudes sino actos de virtud? "Para esto responde San Antonino, basta tener presente que se acostumbra tomar el nombre de las virtudes para expresar los actos de estas mismas virtudes (1)." Así, decimos nosotros de cualquiera que ha prestado á su prójimo algun gran servicio, que le ha hecho una gran caridad, ó solamente, caridad. De ello se sigue, que la caridad y la fé, nombradas entre los frutos del Espíritu Santo, no son las virtudes teológicas de ese mismo nombre, sino solamente sus actos ó su aplicación particular, acompañados de la dulzura que les sirve de recompensa (2).

Razón de esta enumeración. Todo fruto proviene de una planta: toda planta nace de una semilla ó de una raíz. El Espíritu Santo es la semilla de los frutos que llevan su nombre; y el Espíritu Santo es la caridad misma. ¿Debere-

1. Non obstat quod Apostolus ponit inter fructus nomina virtutum quae sunt habitus, ut patientia et charitas et hujusmodi, cum tamen fructus sint actus. IV p., tit. V, c. XXI.

2. Firmus itaque fructus ventri Mariae mentalis dicitur charitas quae hic non importat virtutem, sed actum ejus. S. Anton. IV p., XV, c. XXXVI.

mos extrañar que su primer fruto sea la caridad (1)? “¡Ved, dice San Crisóstomo, qué exactitud en las palabras del Apóstol, qué conveniencia en su doctrina! Ante todo, pone la caridad, en seguida los actos que provienen de ella; fija la raíz, despues muestra los frutos; establece el fundamento y sobre él construye; parte desde el manantial y llega hasta el rio (2).”

Santo Tomás, tratando la misma cuestion, añade, que el orden y la distincion de los frutos del Espíritu Santo se saca de la manera como el Espíritu Santo procede con el hombre (3). Pues bien; el Espíritu Santo procede con el hombre, elevándolo por grados á la perfeccion, hasta hacerle gustar su dicha. Gusta el hombre esta dicha sobre toda dicha, cuando está plenamente en el orden. Está plenamente en el orden, cuando lo está respecto á lo que tiene encima, respecto á lo que en sí mismo posee, respecto á lo que existe á su alrededor, y respecto á lo que tiene debajo. En estas condiciones, el hombre posee la paz por dentro y por fuera, la paz asegurada por todas las partes; y la vida, á pesar de sus inevitables amarguras, es para el alma lo que el fruto para el paladar.

Los tres primeros frutos *ordenan* al cristiano respecto á lo que tiene encima (4). Estos frutos son: la Caridad, el Gozo y la Paz.

1. Fructus Spiritus Sancti, quasi cujusdam divini seminis. *S. Th.*, l. 2, q. 70, art. 1.

2. *De sanct. Pentecoste*, homil. 11, n. 3.

3. l. 2, q. 70, art. 3.

4. Ex his dirigitur á Spiritu Sancto tota conversatio hominis ut sit virtuosa. Et per prima tria dirigitur quoad eum, qui est supra se. Per secunda tria dirigitur quoad animum suum, qui est intra se. Per tertia tria dirigitur quoad proximum, qui est juxta se. Per ultima tria quoad corpus suum, quod est infra se. *S. Anton.*, iv p., tit. V, c. XXI.

La Caridad, Charitas. Con ella, en ella y por ella se nos comunica el Espíritu Santo; puesto que El mismo es caridad. Como la llama se dirige hácia lo alto, así la caridad tiende hácia Dios, á la union con Dios, á la trasformacion en Dios. Donde está nuestro tesoro, allí está nuestro corazón (1). La caridad, lo mismo que la llama, no es inerte; por el contrario, nada hay más activo que ella. Mil ejemplos lo prueban. Uno solo será suficiente para mostrar en accion este primer fruto del Espíritu Santo y la suavidad de que llena al cristiano que tiene la dicha de gustarlo.

Sucedió en la China, en el año 1848, que muchos cristianos presos por la fe, se hallaban reunidos al pié del tribunal. “El mandarín preguntó á uno de ellos, para qué le servia una sobrepelliz encontrada entre los objetos que le habian sido confiscados.—Es una prenda que se viste para rezar, respondió valerosamente el confesor.—Veamos cómo se hace eso: Póntela y reza como si estuvieras en tu iglesia. Dicho y hecho. Ved á mi hombre que en pleno tribunal se pone á cantar el *Padre Nuestro*, el *Credo*, &c., y los mandarines á escuchar.—Está bien, dicen, pero ¿sabes tú cómo han sido tratados hasta aquí los que han adorado á tu Dios?—Lo sé.—Si lo sabes, ¿por qué has venido desde Sutchuen, para predicar aquí esa religion?—Porque no temo morir por ella.—¡Ah! No tienes miedo; pues bien, pisa esta cruz.—No puedo.—Si no la pisas, haré que te crucifiquen como á tu Jesus.—¡Oh! No, mandarín, seria para mi demasiado honor, respondió sonriéndose el generoso atleta; vale más que me hagas morir de otra manera.

“Al momento fué sometido á un horrible apaleo.—Y bien, ¿estás mejor con esto?—Aun no es bastante; ni el apaleo,

1 Dicitur autem caritas quasi charitas seu *chara unitas*, quia facit unionem animæ cum Deo. *Ibid.*

ni la crucifixion impedirán que sea predicada la religion en Kouci-yang.—¿Pues qué se tendrá que hacer para que en adelante no vengan de Su-tchuen á volver cristianos á los de aquí?—Para esto, seria menester cortarme la cabeza y colgarla á las puertas de la ciudad. Los predicadores, al verla, tal vez no se atrevan á entrar, ni á predicar nuestra santa religion.—¡Insolente! ¡Que oses así desafiar mi cólera! y el apaleo volvió á repetirse en seguida. ¡Tenia este hombre cerca de sesenta años (1).”

Conservar la tranquilidad de espíritu en presencia de los verdugos, y la alegría del corazon en medio de los tormentos, ¿no será el último esfuerzo de la caridad y por consiguiente, un delicioso fruto del Espíritu Santo?

El *Gozo, Gaudium*. Todo corazon se regocija de estar unido al objeto amado. La caridad está siempre unida á su objeto que es Dios, segun estas palabras de San Juan: “El que permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él (2).” La alegría, es pues, la primera consecuencia de la caridad. Recompensa, como ella es, de la victoria reportada sobre las pasiones, no está solamente en el fondo del alma, sirviéndole como de continuo festin; brilla tambien en el rostro cuyas facciones ilumina. Basta el menor hecho religioso, para hacer que se manifieste por demostraciones tanto más dulces, cuanto son más espontáneas y sencillas. Vemos este nuevo fruto en el siguiente rasgo.

Al describir una ordenacion en medio de los negros del Africa occidental, un misionero se expresa así: “Desde la tarde que precedió al dia de la ordenacion, viéronse llegar piraguas por todos los lados. La Iglesia que se abrió á las ocho, se llenó al momento. El Sr. Warlop y yo vestidos de

1. *Annales*, &c., n. 132, p. 360, an. 1850.

2. I *Joan.*, iv, 16.

alba con nuestras dalmáticas al brazo y nuestros cirios encendidos en la mano nos habíamos arrodillado al pié del altar. Nuestros buenos negros se fijaban especialmente en el misionero Warlop. Su elevada estatura, su larga y negra barba que le llegaba hasta el pecho, resaltando sobre la blancura de su alba, su aire modesto y piadoso, excitaba en ellos un encanto prodigioso.

“Pero fué mucho más, cuando vieron al señor obispo revestido de pontifical. Ya podiais haber puesto ante sus ojos el Africa entera y todas las maravillas del mundo; no hubierais logrado distraerlos. Sus dorados ornamentos, su pectoral de brillantes, su mitra de brocado, y su alto báculo de oro, y sobre todo el aire angelical que brillaba en su rostro, los tenia sumidos en admiracion extática de la cual no podian volver. Reinaba el silencio más profundo en toda la reunion; pero apenas se hubo concluido la ceremonia, exclamaron en un raptó de entusiasmo imposible de explicar: ¡Jalla! ¡Jalla! Dios, Dios, Dios solo es Dios, Dios solo es grande, poderoso, misericordioso, Dios solo es Dios, ¡oh prodigio! Dios está aquí.

“Sobre todo, se vió á una pobre mujer que estaba como fuera de sí misma exclamando sin cesar: ¡Jalla, Jalla, Jalla! Nunca, decia ella, habia contemplado cosa tan bella y pedia imperiosamente que se la llevara al cielo, y esto al momento. El jóven Soleyman estaba en lo más retirado de la iglesia con los ojos llenos de lágrimas. “Lloré un poco, decia él, en seguida se desvanecié mi cabeza y el corazon me saltaba del pecho (1).”

Puesto que el gozo es un fruto del Espíritu Santo, resulta de aquí, que en donde no esté el Espíritu Santo no puede haber alegría. El gozo de los pueblos y de los hom-

1. *Annales*, n. 120, p. 333, an. 1848.

bres separados del Espíritu Santo es una ficción que da compasión ó miedo (1).

La *Paz, Pax*. La perfección del gozo es la paz. Así, la paz es el tercer fruto del Espíritu Santo. ¿Por qué la paz es la perfección del gozo? Porque supone y garantiza el tranquilo goce del objeto amado. Nadie es dichoso, si está perturbado en su dicha, ó si el objeto de sus afecciones no satisface á sus deseos. “¡Oh paz, exclama San Agustín, dulce nombre, pero más dulce cosa! Todas las criaturas gritan: La paz, y con voz más fuerte que todas, la criatura racional. Pero ¡cuán lejos está de tí la paz, oh mundo! Tú ves la guerra bramar por todas partes. ¿Por qué? Porque tú no quieres tener la paz con Dios, sino la guerra por tus pecados (2).”

La paz del Espíritu Santo supera á todo sentimiento conocido: *Superat omnem sensum*; irradia en la serenidad de la frente, en la limpidez de la mirada, en la sangre fría del valor, en la modestia de los movimientos y en la dulzura y la calma de las palabras. Para conocerla bien, veamos este nuevo fruto en uno de los acodos del árbol de vida.

Un gran número de cristianos cochinchinos se reunió el Viernes Santo en la iglesia. Los vió un mandarin y se fué en su seguimiento con algunos centenares de soldados. Llegado al lugar de la reunión, formó con sus tropas una valla erizada de picas al rededor del pueblo fiel. Un soldado con la espada desenvainada se precipita dentro de la iglesia, sube á la primera grada del altar, y colocando la punta de su arma al cuello del sacerdote celebrante, le grita: Si te mue-

1. Illud est verum gaudium quod non de creatura, sed de Creatore concipitur, cujus comparatione omne pulchrum, fœdum; omne dulce, amarum; omne quod delectari potest, molestum. *S. Anton., ubi supra.*

2. *De Civ. Dei*, lib. XIX.

ves te corto la cabeza. Sin impresionarse el celebrante, vuelve ligeramente la cabeza hácia el temerario, lo mira con aire indiferente y continúa los oficios con tal sangre fría que los asistentes se quedaron llenos de admiración y devoción.

“El soldado permanece al mismo lado, teniendo siempre su espada levantada en la misma posición, y el celebrante, lee la pasión y las oraciones que siguen sin emoción y sin turbarse. Baja para adorar y dar á adorar la cruz; el soldado lo sigue siempre con la espada levantada y no lo abandona un solo instante. Acabada la adoración, el mandarin que durante todo el tiempo se había mantenido de pie en lo bajo de la iglesia, levanta la voz y manda á la tropa que haga salir á los cristianos y los vaya atando. En cuanto á los dos sacerdotes, mandó que los guardaran cerca del altar y trajeran dos cangas. Pero el sacerdote que había celebrado le dijo: Yo no llevaré la canga; no tienen derecho á imponérmela.—¿Y por qué?—El rey no persigue. Muéstrame el edicto, y no solamente me dejaré poner la canga, sino también cortarme la cabeza, si esto es del agrado del mandarin. Vencido éste por la sangre fría y la admirable intrepidez del sacerdote, adoptó el partido de retirarse (1).”

La *Paciencia, Patientia*. Aun cuando la paz reinara en todo el mundo y poseyérais bienes temporales á medida de vuestro deseo, si no poseis á Dios por la gracia, no tendríais ni paz ni reposo. Ved por qué el Espíritu Santo con sus tres primeros frutos pone al hombre en orden con respecto á Dios; con los tres que á ellos siguen, lo constituye en el orden con respecto á sí mismo; su cuarto fruto es la paciencia.

Amar á Dios y en El todo lo que se debe amar; amarlo

1. *Annales*, etc., n. 34, p. 413, an. 1833.